

Otra entrevista con Mr. N.....—Acepta el hecho de la Aparicion milagrosa.—Su perplejidad para explicárselo.—Sus dudas consiguientes en punto á su profesion religiosa.—Su resolucion de buscar y obtener la verdad.

136. Por mas que nos anunciara Mr. N. como muy próxima á nuestra anterior entrevista su siguiente visita, no dejamos de pensar que al tener que leer y reflexionar sobre las no pocas páginas que últimamente le mandamos, la deseada visita se habia de diferir algunos días; tentados nos vimos á adelantarnos; pero nos abstuvimos de ello reflexionando, que la cortesía nunca está reñida con la intimidad de los amigos, y parecia descortés, no esperar la visita que nos habia anunciado: que aunque la amistad fuera verdadera, como cosa de hombres serios, no podia ser tan íntima desde el primer dia; y por otra parte, y esto fué lo que mas fuerza nos hizo, que debiamos, no solo no mostrar, pero ni aun tener ningun empeño en festinar las cosas, hasta el punto de obligar á Mr. N. á formar un juicio inconsiderado por la falta de suficiente meditacion.....

137. Al cabo de cinco dias tuvimos el placer de ver á Mr. N. en nuestra casa, y pasados los saludos de costumbre, al tomar asiento Mr. N., inició desde luego la conversacion de la siguiente manera.

Mr. N.—Amigo mio, no sé verdaderamente lo que me pasa; he leído y he vuelto á leer muchas veces las páginas que vd. me ha enviado; no solo las últimas, sino desde las primeras y siguientes;

le puedo decir á vd. que sé de memoria la historia de la Virgen de Guadalupe; no he tenido otra ocupacion, de dia y buena parte de la noche, que leer y meditar. Porque le ha de complacer á vd. y porque á personas de confianza no se les oculta la verdad, le confieso que soy un creyente del hecho portentoso, sin embargo de que todavía no me puedo explicar sus motivos y fines; pero esto ha de ser materia de otra clase de discusiones, que luego despues entablarémos, continuando vd. con la bondad de ocuparse conmigo en cosas que solo á mí me interesan..... ¡Oh verdaderamente no se lo que me pasa!

Mr. N. calló por unos momentos, quedándose con el codo del brazo izquierdo apoyado en el del sillón que ocupaba, la frente reclinada sobre la mano, y la mirada baja en actitud reflexiva.

Ibamos á responderle alguna cosa cuando él continuó dejando poco á poco la postura que habia tomado, y como si contestase á su propio pensamiento.

—¡Oh sí! hay una cosa importantísima para mí á que debo dedicarme y de que tenemos que hablar....; pero iba diciendo á vd., Mr. X., que creo en la realidad del hecho portentoso; mas de una vez, suspendiendo mis lecturas y ya concluidas, me he hecho objeciones como si á vd. se las hiciera; pero me las he contestado yo mismo victoriosamente como si vd. me las contestara; he visto que vd., hombre sincero é ilustrado, no se ha contentado con escribirme unas cuantas páginas sobre la Aparicion de Santa María de Guadalupe y sobre la no menos portentosa pintura de su imágen, sino que me ha citado autores antiguos y modernos, cuyas citas evacuaré á fuer de hombre que se quiere imponer

á fondo de un asunto histórico, aunque no tenga duda sobre la realidad de los hechos. ¡Ah, lástima que no pueda estar yo tranquilo, descansando en la filosofía y trascendencia de esa historia!

Quedósenos viendo Mr. N., y ya en la actitud del que aguarda que su interlocutor tome la palabra. La tomamos y dijimos:

—Mr. N., mi amigo y señor, estoy muy dispuesto, con la mejor voluntad dispuesto, á seguir departiendo con vd. acerca de los hechos milagrosos de que hemos venido hablando; estoy igualmente ó mejor dispuesto para dilucidar con vd. ese otro asunto, al que, sin la suficiente franqueza, permita vd. esta queja á la amistad, no hace vd. mas que alusion; pero que yo adivino amigo mio, porque la amistad, afecto acendrado, es adivina: vd. tiene dudas en materia de religion. Bendito sea nuestro asunto que ha suscitado esas dudas; porque el que duda examina, el que examina encuentra la verdad, y el que, encontrándola, abraza la verdad, entra en posesion del único, real y efectivo goce de la vida del ser racional. Amigo mio, voy á regalarle á vd. un libro preciosísimo que no podrá menos de serle muy simpático por su autor; él mismo protestante en un tiempo, y que llenará completamente el vacío que empieza vd. á sentir en su bien formado corazon:—*The Lectures On The Evidences Of Catholicity by M. J. Spalding D. D.* Obispo de Louisville, y me permito recomendarle á vd. muy especialmente la primera conferencia *On religious inquiry—Its obligation and duties.* Este libro, amigo muy querido, probabilísimamente no será U. la primera persona á quien haya hecho el inestimable bien de presentarle la verdad religiosa y hacérsela amar y abrazar: yo mismo he

tenido ocasion de tratar á un caballero inglés con quien, por causas y de la manera que no es del caso referir, tuve alguna relacion de amistad.

138. Me hallaba en Estados-Unidos, y una vez me encontró el caballero de que vengo hablando con el libro citado y el Diccionario abierto sobre mi mesa de trabajo, entregado al ímprobo de aprender el inglés sin maestro: mi amigo hablaba un poco de castellano y me propuso la permuta: estudiarémos juntos me dijo, yo haré aprender á vd. mi idioma, porque vd. me haga aprender el suyo; leerémos juntos, traducirémos y analizárémos. Por supuesto que el ofrecimiento fué aceptado, y tan exactos fuimos el uno como el otro en reunirnos á la hora que señalamos: no habíamos leído aún arriba de dos terceras partes del precioso libro, cuando un dia Mr. S. que se hallaba con él en la mano, repentinamente lo cerró y quedándose como abstraído, sin ademan de dirigirse á mí, pensó en voz alta: «Dice bien en esto» y se quedó otros momentos abstraído hasta volver á prorumpir en estas otras palabras: «Ha dicho bien en todo.» Entónces, como volviendo á medias de su abstraccion, se quedó viéndome guardando todavía cerrado el libro, y yo con la mayor naturalidad lo interpele así:

—«Por supuesto que dice bien y no es de ahora que lo sabemos; ¿qué encuentra vd. de sorprendente?»

—Ah Mr. X, yo no soy católico (hasta entónces lo supe): por acompañar á mi esposa al servicio de su culto, y no habiendo iglesia de mi profesion religiosa [la episcopal] en este lugar, me ha visto vd. en el templo católico, en donde, por otra parte,

cumpló con mis deberes de cristiano, guardando el santo día del Señor.»

—Pues bien Mr. S., le repliqué, «ya ha visto vd. que dice bien en todo el sábio autor cuya obra hemos estado leyendo; él mismo fué en un principio protestante, y ahora que goza con la luz, les tiende una mano amiga á todos sus antiguos compañeros de tinieblas para sacarlos de allí, y hacerlos gozar con lo que él goza, porque los goces puros, los verdaderos goces, no hacen al hombre egoísta, sino al contrario. Conserve vd. en memoria mia este libro, méditelo vd. y luego conferencie vd. con quien tiene la misión de nuestro Señor Jesucristo para transmitirle á vd. la buena nueva. Además, lo que es á nosotros, la misma imperfección con que conocemos el uno el idioma del otro, nos impide tratar á fondo estas cosas.» Mi interlocutor me ofreció hacerlo así, y habiendo yo salido á poco de la dicha población, sin volver á ella despues, no lo he llegado á saber, pero creo fundadamente, que aquel hombre sincero, morigerado y amante de la verdad, obtuvo su posesión en virtud de la gracia, que le hizo ese don preciosísimo para el negocio mas importante de la vida del hombre sobre la tierra, y negocio único, que es el de hacer la voluntad de Dios nuestro Criador, por medio de las prácticas de la religion verdadera que El se ha dignado revelarnos.»

139. Acabamos nosotros de hablar, y como no teníamos motivo para interpelar á Mr. N. no hicimos mas que quedárnosle mirando á nuestra vez y como si lo interrogáramos calladamente. Mr. N. seguía como al principio, con el semblante pensativo y preocupado; sin embargo nos habló para decirnos:

—«Acepto el presente de tan recomendado libro que vd. me hace y me dedicaré á estudiarlo, porque para mí ha llegado á ser una necesidad consagrarme á estos estudios; mas espero que vd. no me dejará solo en mi árduo asunto.»

Despues de habernos hablado así volvió Mr. N. á quedar absorto en sus pensamientos y creímos que era oportuno aun para procurarle algun solaz á la cansada mente, distraerlo con la referencia de otra anécdota de nuestros viajes; anécdota que, por otra parte se adaptaba muy bien á nuestros deseos y al estado de ánimo de nuestro interlocutor: así, seguimos haciendo, como familiarmente se dice, el gasto de la conversacion.

—«Oiga vd. Mr. N. le dijimos, por hoy ya no hablamos ni del asunto de la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, ni del mas importante estudio que vd. va á emprender en busca de la verdadera religion; vd. leerá con prudente espacio y meditacion el libro que he puesto en sus manos y no hablaremos de ello hasta que hayamos dado fin al primer asunto que emprendimos; le mandaré á su alojamiento, escritas, las noticias mas ciertas que han podido quedar acerca de Juan Diego, el dichoso indio elegido por Nuestra Señora para ser su mensajero; mas tarde, sin interrumpir vd. sus mas sérias lecturas, se permitirá, como un solaz, entretenerse en el repetido nuestro primer asunto, y al efecto tengo ya preparados *in mente* otros trabajos para que vd. conozca á fondo un acontecimiento que nos exalta á los mexicanos, no sólo el sentimiento religioso sino el del patriotismo. Pero hoy, por hoy, estoy de vena de hablar, y cabalmente porque vd. no parece estarlo, es bueno que siga yo haciéndolo, siquiera sea para aliviarle un

poco de sus gravísimos pensamientos. Voy á referirle á vd. otra anécdota de viajero.

140. En el mismo lugar donde, como he dicho á vd. tuve algunas relaciones con Mr. S., me pasó lo que voy á contarle á vd. En la casa que yo habitaba, en compañía de una familia irlandesa, habia una criada de la misma nacionalidad, excelente mujer que se nos habia aficionado; hubo de dejar el servicio por causa de enfermedad; y cuando ya estuvo bien, su lugar estaba ocupado y se destinó en otra casa; una vez que sus quehaceres y obligaciones se lo permitieron, fué á visitarnos, y habiéndonos dicho que los dueños de la casa en que servia eran unos judíos, le interrogué sobre si le permitian salir á su iglesia (el templo católico) á cumplir con sus prácticas religiosas, y me contestó: «¿Que si me lo permiten.....? ¡Ya se podrian librar de prohibírmelo! ¿Para qué es entonces la justicia, sino para obligar y castigar al que se atreva á atacar nuestro derecho? Yo por mi parte no tengo que entrometerme ni me entrometo en las prácticas de ellos. Sin embargo, le diré á vd. (se dirigió á mí que fuí quien la interrogué) que hace pocos dias he tenido un buen compromiso: salí á unos empleos en las tiendas, de orden de la señora de la casa, y su hija, jovencita de doce á trece años, solicitó y obtuvo la licencia de ir conmigo; despues de haber desempeñado prontamente mi comision, pasaba por nuestra iglesia y quise entrar á orar durante un momento; naturalmente me siguió la señorita, y mientras en un reclinatorio estaba yo de rodillas, ella comenzó á recorrer la iglesia ante los altares, y seguramente la curiosidad ó qué sé yo, la hizo no solo ver sino examinar, y á tal punto le picó, que fué hácia mí, que ya concluia mi breve

oracion, y me suplicó muy graciosamente que le explicara la representacion de tres estatuas, que fueron la imágen de Nuestro Señor Jesucristo crucificado, del altar principal; y las de la Virgen Santísima con el niño en los brazos, y de San José, de dos altares laterales: yo no pensé que hubiese inconveniente en lo que iba á decir, y dije, á saber. —al frente del primer altar —“Representa á Nuestro Señor Jesucristo, Dios verdadero, que se hizo verdadero hombre para poder morir por nosotros y redimirnos del pecado, y disponernos con la religion que nos enseñó para poder obtener la vida eterna despues de nuestra muerte en este mundo.” La niña abrió desmesuradamente los ojos y no poco la boca, y en seguida me condujo al altar del Patriarca.

—«Representa, seguí diciéndole, á San José, que hizo veces de padre con Nuestro Señor Jesucristo cuando se dignó hacerse hombre, como lo he dicho, y comenzó su vida desde niño.» Menor fué en esta ocasion el asombro de mi señorita; mas bien dejó conocer en su semblante que nada entendia. Me llevó por último de la mano al altar de la Virgen.

—«Es la imágen, le dije, de la Virgen María, verdadera Madre de Dios hecho hombre»

—¿Luego es mamá me replicó, de ese niño? y ¿ese niño es Dios hecho hombre? Pues cuántas veces se hizo Dios hombre? Del primero tambien me habeis dicho que es la imágen de Dios hecho hombre.»

—»Una sola vez, le contesté: ya os he dicho que Nuestro Señor Jesucristo comenzó su vida de hombre desde niño; pero ese mismo niño, Dios y hombre, vivió entre los hombres hasta la

edad de treinta y tres años, en que fué crucificado.»

—«Y vivía su mamá cuando fué crucificado?»

—«Sí, y lo acompañó hasta el lugar de la crucifixion y no lo abandonó hasta que lo dejó en el sepulcro..... (*) Pero vámonos que ya tardamos.»

—Mi señorita pareció no oirme, y un momento se puso densamente pálida; al siguiente, su cara se fué enrojeciendo por grados, y muy luego prorumpió en sollozos y lloró á lágrima viva: entonces con mas razon yo la queria sacar de aquel lugar; pero tambien queria que primero callase y se serenase, y no quedaran en sus ojos y mejillas señales del llanto. Yo le instaba, le decia mil cosas; pero ella solamente me respondia:

—«Ay! pobre mamá, á su niño tan pequeñito, tan tiernequito, tan hermoso, tan gracioso, llegar á matárselo y verlo ella..... pero..... ¡peor si no lo hubiera visto!»

—Lloraba mas y mas, y yo ya no sabia qué otra cosa hacer sino pedirle á la Virgen que acallase el llanto de aquella niña, porque, así como he dicho ántes que yo sabia hacer respetar mi derecho, me parecia que sus padres iban á tener razon para reconvenirme. En fin, la Virgen Santísima ha de haberme hecho el milagro, pues la niña se serenó cuando ya yo desesperaba de conseguirlo, y pude sacarla de la iglesia, y en la casa sea por esto, sea por lo otro, nada extrañaron en su semblante.»

141. Concluyó de referirnos la piadosa muger lo que ella llamara su grande embarazo y compro-

(*) A nadie que conozca al pueblo irlandés le parecerá inverosímil la instruccion religiosa de la irlandesa de nuestra anecdota.

miso, y cuando se disponia á volver á su casa le pedí que me esperase un momento y entré á sacar un libro para hacerle de él un regalo: ese libro se intitula: «La Virgen María, Historia de la Madre de Dios y de su culto, completada por las tradiciones de Oriente, los escritos de los Santos Padres y la historia particular de los hebreos, por el Abate Orsini, Vicario general honorario de Gap, miembro del instituto histórico de Francia y correspondiente del de el Brasil y Caballero de la Legion de Honor.» Al ponerle el libro en las manos le dije: «Mirad, tal vez Dios os ha escogido para una de las obras de su gracia; pero hacedla bien: supongo que en vuestro cuarto particular en la casa teneis tanta libertad como pudiera desearse, pues ya me habeis dicho que sois muy resuelta para hacer respetar vuestro derecho.»—«Sí, sin duda, me interrumpió, tengo en mi cuarto muy visibles mis estampas, la imágen queridísima del Sagrado Corazon de Jesus, la tambien muy amada del Santísimo Corazon de María y las muy veneradas representaciones del Santo Angel de mi guarda y de mi Santa Patrona; ni me cuido de ocultar en los cajones de mi cómoda, mi devocionario y mi rosario.»—«Pues bien, Elisabet, continué, ocultad el devocionario, aunque useis frecuentemente de él, con el objeto de que solo este otro libro aparezca: cuando podais leer escojed para ello sin afectacion, un lugar visible; en los pasages, que mas os interesen de la lectura, dejad señales; la curiosidad femenil, primero, y la gracia de Dios sobre todo, adelantarán la obra: porque las lágrimas por la Virgen de los Dolores no pueden quedar sin premio: esa niña ha amado á María y María le ha de premiar con su amor y con hacerla experimentar el amor de Jesucris-

to, y por el camino de este amor ha de llegar la niña á alcanzar el conocimiento de la verdad religiosa, y por ella la vida eterna. Nuestro Señor Jesucristo es el camino, la verdad y la vida. No hagais mas de lo que os he dicho; esa niña viendoos leer y observando vuestra complacencia é interés en la lectura, leerá tambien; lo demás ¿cómo adelantará y terminará? Dios lo sabe y lo hará: las piadosas lágrimas de vuestra señorita no se habrán vertido en vano.»

142. Al concluir la relacion de mi anécdota la gran preocupacion de Mr. N. habia pasado, segun se dejaba conocer en su semblante, á ser un positivo y tierno interés, y observándolo yo, le dije sonriendo y tomando una de sus manos entre las mias.

—¡Oh Mr. N. esperad un poco que voy á concluir: María Madre de Dios, no sólo ama y premia á los que la compadecen en sus dolores; tambien pone en el camino de la verdad y de la vida á los que la reconocen y confiesan pura siempre y sin mancha de pecado, siempre Virgen y verdadera Madre de Dios: en eso me dijo vd. que creia, no lo he olvidado ni un momento y esa creencia no ha de quedar sin premio: vd. ha leído con el interés de un hombre de buena fé lo relativo á nuestra querida Imágen de María Santísima de Guadalupe; tambien leerá, ya no por curiosidad, por amor á la verdad, el libro que ahora hemos puesto en sus manos: ¿lo demás como adelantará y terminará? Dios lo sabe y lo hará; la confesion de la pureza de María no se habria hecho en vano.»

—Mr. X me despido de vd.; voy con un mundo de ideas en mi cabeza y con un mar de sentimientos en mi corazon, pero experimento en este ins-

tante un verdadero bienestar; no deje vd. de mandarme el nuevo escrito que me tiene prometido..... Y á propósito ¿dónde podré encontrar ese otro libro de *Historia de la Madre de Dios y de su culto*?

—No ha de dilatar vd. en encontrarlo en alguna de las librerías de la ciudad, solo que es muy difícil que lo encuentre vd. en inglés: no lo sería tanto que lo encontrara en francés; mas vd. entiende suficientemente el castellano para no tener necesidad de él en otro idioma; sin embargo, no se distraiga vd., su libro único por ahora, lo lleva vd. debajo del brazo, nuestras otras correspondencias escritas y temas de conversacion las alternará vd. como preparacion, y le servirán á vd. al mismo tiempo de solaz.

VIII.

Nueva comunicacion dirigida á Mr. N. para desempeñar la palabra últimamente dada de enviarle las noticias especiales y relativas al venturoso indígena neófito á quien se apareció María Santísima de Guadalupe.

143. Por ser las noticias extractadas en buena parte de las informaciones testimoniales que se han transcrito acerca de la Aparicion, nos ocurre que es bueno y congruente por via de apéndice á las citadas informaciones y de prólogo á las indicadas noticias, entresacar y hacer notar, en conjunto mas compacto, las circunstancias que lo merecen á nuestro juicio, acerca de algunos de los testigos mencionados:

—D. Márcos Pacheco, de ochenta años de edad fué